

Quevedo y Villegas, F. de, *Antología poética*, ed. P. Jauralde Pou, apéndice de P. Jauralde García, Madrid, Espasa Calpe (colección Austral núm. 186), 2002, 436 pp.

Se publica en Austral una nueva antología poética de Quevedo a cargo de un gran especialista en la obra del autor: Pablo Jauralde Pou. Esta edición viene a sustituir a otra existente en la misma colección y preparada por el mismo editor, pero no se trata de una puesta al día sino de un libro completamente nuevo, pues nuevos son tanto el prólogo como la selección, ordenación y anotación de los poemas. Se incluye además, en la línea de otras recientes ediciones de la colección Austral, un apéndice con documentación complementaria y un taller de lectura a cargo de Pablo Jauralde García, de lo que puede intuirse que los destinatarios principales del volumen son los estudiantes de enseñanzas medias e incluso de los primeros niveles universitarios.

En la introducción se centra Jauralde desde un principio en la poesía de Quevedo. Comienza con unas pocas páginas introductorias (13-17) en las que, por un lado, repasa con brevedad la fortuna de la obra poética del autor y sus problemas editoriales, y, por otro, expone los rasgos principales de la poesía de la época, en los que enmarca a Quevedo.

El resto del prólogo se dedica al estudio concreto de la obra poética quevediana. En los tres primeros apartados (*Poesía moral*, *Poesía amorosa*, *Poesía festiva*) se trata la poesía recogida en *El Parnaso español* de 1648, aunque se limita el estudio a las musas Polimnia, Erato, Terpsícore y Thalia, de tal manera que el editor no dedica ni una sola línea en la introducción a los poemas de la musa I, Clío, ni a los de la III, Melpómene, frente a lo que sí hacía en su anterior edición y pese a haber antologado seis poemas de la musa I y otros dos de la III.

En los tres apartados mencionados sigue siempre Jauralde, en líneas generales, un mismo esquema. Comienza apuntando el lugar que el tipo de poesía en cuestión ocupa en la obra poética quevediana, menciona a continuación los rasgos más destacados de esa poesía en el momento de escribir Quevedo y aplica por último tales rasgos a la obra del autor, desglosando con detenimiento los principales elementos, temas y motivos que se encuentran en sus poemas, a partir siempre de numerosos ejemplos.

En las páginas 37-39 trata Jauralde con brevedad el resto de poemas recogidos en su antología: los publicados en *Las tres musas últimas castellanas* (a los que concede mayor relevancia), los de procedencia manuscrita y los tomados de la comedia *Cómo ha de ser el privado*. Menciona tanto los problemas ecdóticos de este grupo de poemas como la importancia desigual que tienen, y estudia

con algo más detalle los religiosos de la musa Urania, a los que se dedica epígrafe aparte.

Las dos últimas páginas de la introducción (39-40) insisten en la riqueza de la poesía de Quevedo, en los problemas de autoría por la atribución indiscriminada y en la huella larga y desigual, ahora acrecentada, que dejó en nuestra historia literaria. Se invita, por último, a una lectura de Quevedo que tenga en cuenta el contexto histórico en que vivió, a lo que intentará ayudar el editor con su prólogo y notas.

Como se dijo arriba, esta antología parecía desde su presentación tener como destinatarios a estudiantes aún no avezados, y la introducción lo confirma: carece por completo de notas y no se remite a ningún otro trabajo ni se entra en demasiados problemas críticos, pues de lo que se trata es de ofrecer una introducción útil y clara para una mejor comprensión de la poesía recogida en el volumen.

En esta línea de no abrumar al lector con referencias eruditas se incluye tras la introducción una bibliografía selecta por orden cronológico con once obras básicas sobre la poesía de Quevedo, en la que, aun cuando cada lector mínimamente especializado crea que debería haber sido incluido tal o cual volumen según sus preferencias, quizá se eche de menos por su gran trascendencia algún libro sí incluido por Jauralde en la bibliografía aún más selecta de su anterior edición en Austral.

Se exponen por último los criterios de edición (pp. 43-45). Jauralde apunta que no se trata de una edición crítica, aunque se complace de haber cuidado el texto sobremedida, e insiste en la voluntad de no abrumar al lector con notas eruditas. Moderniza el texto siempre que no afecte a la fonética de la época, aunque se le escapan *imbierno* (p. 94, v. 7), *pexe* (p. 260, v. 4) y *relox* (p. 260, v. 5, y p. 334, v. 1 y título), formas quizá mantenidas conscientemente por el autor, en cuyo caso debería haber incluido una nota justificando la conservación de las grafías antiguas. Advierte, por último, que en las notas no sólo aclarará pasajes oscuros, sino que insistirá en la lectura técnica (a partir de criterios métricos y melódicos) e histórica de los poemas.

Se llega así al grueso del volumen, la antología propiamente dicha. Hay que destacar que se trata de la primera antología (al menos entre las recientes a las que he tenido acceso) que ordena la poesía de Quevedo de manera rigurosa siguiendo el orden de las musas, rompiendo, pues, la tendencia a agrupar los poemas de acuerdo con su tema, a partir, en general, de las pautas de Blecua. Sólo en la antología de Crosby en Cátedra había atisbos de esta ordenación, rota por haber desgajado el editor varios poemas que aparecieron en otros lugares además de en las musas. Jauralde, por contra, no se desvía de esta ordenación ni una vez, y deja para el

final los poemas que sólo se conservan de manera manuscrita, sea cual sea su asunto.

Se trata, por otra parte, de una antología bastante reducida, pues sólo incluye, sin contar el apéndice, 101 poemas (si mis cálculos no fallan, pues la antología no cuenta con numeración propia), muy lejos de los 290 de Arellano y Schwartz en *Crítica*, de los 185 de Blecua en *Castalia*, de los 161 de Crosby en *Cátedra* y de los 135 de Pozuelo en *Biblioteca Nueva*. Puede observarse que las ediciones de Pozuelo y Jauralde, las más recientes, son también las que menos poemas incluyen, a pesar de contar ambas con más páginas que la antología de Blecua, que recoge, por contra, bastantes más poemas, de lo que parece deducirse que se prefiere sacrificar un mayor volumen de textos en beneficio de la mejor comprensión de los que se antologan, a través de anotaciones y comentarios más abundantes y minuciosos.

Si, además, dividimos *grosso modo* los poemas en tres grupos, veremos que de los 101 poemas 40 son graves, 33 festivos y 28 amorosos; es decir, está bastante repartida la atención (en número de páginas predomina la poesía festiva, que cuenta, por lo general, con poemas más largos). Una tendencia muy similar la encontramos en Pozuelo, que incluye 50 poemas graves, 45 festivos y 40 amorosos, muy lejos de las ediciones de Blecua, Crosby y Arellano-Schwartz, en las que predominaban con mucho los poemas satíricos, sobre todo en número de páginas. Vemos, pues, que las ediciones más recientes de Pozuelo y Jauralde, dirigidas a un público amplio, tienden a acentuar la importancia de la poesía grave y amorosa sobre la festiva, a pesar de que en la poesía completa de Quevedo es ésta mucho más numerosa que la grave y amorosa juntas. Queda patente, pues, por dónde va el gusto actual en torno a la poesía quevediana: no se quiere abrumar al lector con poemas festivos que suelen necesitar muchas más notas y de más difícil comprensión para un lector medio actual, y se prefieren los poemas de corte moral, existencial y amoroso, más próximos a los gustos de nuestros días (en el caso de Jauralde quizá haya influido también el haber seguido de manera fundamental las musas en su antología, dejando en un segundo plano la obra manuscrita).

A pesar de lo reducido de la antología, no hay ausencias clamorosas, aunque por supuesto cada cual siempre tenga su propia opinión sobre qué poemas deben o no editarse. Dentro de la poesía moral puede alabarse la inclusión del «Sermón estoico de censura moral», tan representativo del pensamiento de Quevedo y que sólo Blecua había incluido en su antología, aunque quizá la más original sea la selección dentro de la poesía festiva, pues, al margen de los poemas inevitables, excluye algunos bastante habituales en las antologías (como, por ejemplo, «Pariome adrede mi madre» o «Manzanares, Manzanares») e incluye otros muy poco frecuen-

tes, pero de indudable interés, como la letrilla «Oyente, si tú me ayudas» (por sus referencias de actualidad a los asientos con judíos y genoveses), la sórdida escena narrada en el romance «Deletraba una niña» y los muy atrevidos poemas «Este cíclope, no siciliano», «La voz del ojo, que llamamos pedo» y, sobre todo, la jacarandina «Estábase el padre Ezquerria». Por contra, cabe lamentar la no inclusión de poemas en que se parodie algún mito.

Otra importante novedad la encontramos en el texto del soneto «Cerrar podrá mis ojos la postrera» (pp. 193-95), pues Jauralde se aparta en dos casos de las lecturas que venían siendo habituales en los últimos años. Así, en el verso 11 edita *médulas* frente al habitual *medulas*, lectura que justifica por razones de ritmo, aun reconociendo que en otros poemas Quevedo había acentuado *medulas*; y en el verso 12 edita *dejarán*, de acuerdo con el texto del *Parnaso*, y rechaza la enmienda de Blecua *dejará*, que ya parecía consagrada, por la fiabilidad general que atribuye al *Parnaso* y por creer que el sujeto lo puede constituir «toda la cadena de anáforas anteriores» (n. 83).

Como anunciaba el editor, los poemas están acompañados de numerosas notas, no sólo aclaratorias, sino que incluyen también comentarios métricos, estilísticos, interpretativos e incluso ideológicos. Cada poema va, además, precedido de un breve prólogo en el que se ofrece, a veces, bibliografía específica sobre el poema y en el que se desgranar algunas de sus claves que, por supuesto, varían según el tipo de poesía. Lo atinado de la mayor parte de estos comentarios no puede sorprender, teniendo en cuenta trabajos anteriores de Jauralde. Resulta bastante novedosa la atención que se presta a la métrica, como ya se había anunciado en los criterios de edición, pues sobre todo en los primeros poemas el comentario métrico es muy minucioso, como queriendo familiarizar al lector con determinadas pautas interpretativas. No se llega, sin embargo, a abrumarlo, pues con el correr de la antología estos apuntes se hacen más breves, suponiendo quizá el editor que las ideas básicas han quedado ya claras con los primeros comentarios.

La anotación, además de lo atinado de muchos de los comentarios, resulta, en general, suficiente y precisa. Cabe lamentar, sin embargo, la quizá demasiado parca anotación del «Sermón estoico», al igual que la del poema 546 o la del soneto XXXII (p. 356), así como diversos errores, a veces meras erratas, que se cuelan por posible despiste en varios lugares. Debería revisarse también la gran cantidad de citas en latín, tanto en las notas como en los prologuillos, que ha dejado Jauralde sin traducir, sobre todo teniendo en cuenta el público al que se destina la edición.

Estos descuidos y despistes afectan también a la edición de los textos (incluidos los del apéndice), en los que se han deslizado bastantes erratas y lecturas que resultan dudosas. En algún caso el

error parece claro, como al editar *dueño* en lugar de *sueño* en la página 189, verso 8; o, en la página 307, verso 26, *untadas, y con seso y miel* en lugar del correcto *untadas con sebo y miel*, lectura que es la que se comenta en la n. 285, a pesar de no haber sido editada por error. También debería revisarse, entre otros casos, el texto y la versión que se ofrecen del poema 72, página 85, así como el prologuillo que lo antecede.

Algún otro despiste es de menor trascendencia, pues afecta a cuestiones de disposición tipográfica. Así, en el poema 353 la numeración señala al final 193 versos cuando sólo tiene 176, pues se incluyen las acotaciones, al tiempo que los versos que dice más de un personaje se cuentan según el número de personajes que intervengan aunque se trate de un solo verso (como sucede en el 48).

Jauralde, por otra parte, edita los poemas de acuerdo con criterios métricos, por lo que señala en el propio texto hiatos, diéresis e incluso cambia la acentuación de las palabras si el metro lo requiere, y edita así *había* por *había* (p. 136, v. 94; p. 258, v. 9; p. 333, v. 73) u *Orfeó* (bisílabo) por *Orfeo* (p. 348, v. 75), entre otros ejemplos. Siendo ésta una opción perfectamente válida, encontramos también, sin embargo, pequeños despistes. Así, en la página 243, verso 85, edita *lineas* (bisílabo) por *líneas*, pero al ser palabra final de verso no hace falta, pues como esdrújula debemos descontar una sílaba métrica. Deja sin marcar, asimismo, bastantes diéresis, aunque sí señala otras innecesarias para separar sílabas que ya por naturaleza están separadas, pues se trata de hiatos, como en *räer* (p. 100, v. 1) o en *oceäno* (p. 134, v. 67 y p. 148, v. 4), entre otros ejemplos.

Jauralde también suele marcar los hiatos métricos (o ausencia de sinalefa) mediante un apóstrofe (así en la p. 104, v. 7, o en la p. 133, v. 44, entre otros abundantes ejemplos), pero este apóstrofe falta en muchos otros casos en los que sí señala el hiato en nota (así en la p. 96, v. 3, o en la p. 110, v. 8, entre otros), por lo que empleando el apóstrofe se ahorraría la mayoría de esas notas.

Tras la antología se incluye, como viene sucediendo con varios de los títulos más recientes de la colección Austral, un apéndice dividido en dos partes: *Documentación complementaria* y *Taller de lectura*, a cargo, como ya se ha dicho, de Pablo Jauralde García. La documentación ofrece un primer apartado con los distintos esquemas métricos del endecasílabo que quizá podría haberse desarrollado más teniendo en cuenta la importancia de la métrica en los comentarios de la antología; a continuación se edita íntegra la *Aguja de navegar cultos* para mostrar la vertiente anticulterana de Quevedo, y por último se trata su faceta de traductor, ilustrándola con la traducción de un poema de Catulo (en este apartado, p. 386, se desliza un error, pues Quevedo tradujo la *Vida de San Francisco de Sales*; no *Santo Domingo de Sales*).

El taller de lectura es claramente didáctico y propone, en varios apartados, diversas actividades a los alumnos a partir de los poemas de Quevedo. Los ejercicios resultan muy completos y ofrecen un amplio panorama de las cuestiones que puede suscitar la poesía quevediana. Se aprecia, en general, un intento de que el alumno sepa insertar la obra del autor en su contexto histórico y en las corrientes artísticas y filosóficas de la época, rehuyendo posturas más formalistas o autobiografistas. Merece destacarse también que estas actividades suelen ser poco preceptivas y dejan bastante libertad interpretativa al alumno.

Como ejercicio de aplicación se propone la comprensión de un largo fragmento del canto II del «Orlando el enamorado» editado sin notas ni aclaraciones y, por último, se anima al alumno a emitir un juicio razonado y global sobre la poesía de Quevedo. El volumen se cierra con un útil índice de títulos y de primeros versos, aunque no habría estado de más también la inclusión de un índice de notas.

De la lectura de la antología puede deducirse, como ya se ha apuntado, que, a la vista de su introducción clara y precisa, las notas y comentarios, la selección y el apéndice, el público natural del volumen lo constituyen los alumnos de enseñanzas medias y primeros niveles universitarios, aunque también los lectores curiosos que quieran iniciarse en la lectura de la obra quevedesca y, por supuesto, los especialistas en el autor, a los que siempre podrán servir los juicios y comentarios, por lo general muy atinados, que emite Jauralde sobre varios de los poemas que edita. A este respecto la antología cumple sobradamente y resulta, a pesar de los descuidos que podrán ser corregidos en ulteriores ediciones, muy adecuada para el público al cual se destina.

Fernando Rodríguez-Gallego

Quevedo y Villegas, F. de, *La vida del Buscón*, ed. E. Cros, Área, Barcelona, 2002, 257 pp.

En los últimos tiempos estamos viendo cómo muchas editoriales apuestan por ediciones de obras clásicas de carácter divulgativo. Vienen a cubrir un hueco en el mundo editorial, ya que hasta hace relativamente poco el lector que quisiese acercarse a las grandes obras de la literatura tenía que elegir entre las ediciones eruditas (algunas de ellas a un alto precio) o ediciones nada cuidadas, donde simplemente se nos presentaba el texto, sin ningún tipo de anotación y en el mejor de los casos con cuatro o cinco páginas de introducción. Sin embargo, desde hace relativamente poco, nos encontramos con ediciones que apuestan por un camino intermedio. Estas en un primer momento fueron enfocadas para